

LOS TRES STARETZI

LOS TRES STARETZI ⁽¹⁾

Cuando oréis no habéis de emplear vanas repeticiones, como los paganos, porque éstos creen que serán atendidos hablando mucho.

No les imitéis, porque vuestro Padre sabe de qué tenéis necesidad antes de que vosotros lo pidáis.

SAN MATEO, cap. VI ver. 7 y 8.

El arzobispo de Arkangelsk navegaba hacia el monasterio de Solovki. En el mismo buque iban varios peregrinos al mismo punto para adorar las santas reliquias que allí se custodian. El viento era favorable, el tiempo magnífico y el barco se deslizaba sin la menor oscilación.

Algunos peregrinos estaban recostados, otros co-

(1) Título de respeto que se aplica en Rusia á los religiosos de mucha edad.

mian, otros, sentados, formando pequeños grupos, conversaban. El arzobispo también subió sobre el puente á pasearse de un extremo á otro. Al acercarse á la proa vió un pequeño grupo de viajeros, y en el centro á un mujik que hablaba señalando un punto del horizonte y los otros le escuchaban con atención.

Detúvose el prelado y miró en la dirección que el mujik señalaba, y sólo vió el mar, cuya tersa superficie brillaba á los rayos del sol. Acercóse el arzobispo al grupo y aplicó el oído. Al verle, el mujik se quitó su gorro y enmudeció. Los demás, á su ejemplo, se descubrieron respetuosamente ante el prelado.

— No os violentéis, hermanos míos — dijo este último. — He venido para oír también lo que contaba el mujik.

— Pues bien: éste nos contaba la historia de los tres staretzi — dijo un comerciante, menos intimidado que los otros del grupo.

— ¡ Ah!... ¿ Y qué es lo que cuenta? — preguntó el arzobispo.

Al decir esto se acercó á la borda y se sentó sobre una caja.

— Habla — añadió dirigiéndose al mujik; — también quiero escucharte... ¿ Qué señalabas, hijo mío?

— El islote de allá abajo — repuso el mujik, señalando á su derecha un punto en el horizonte. — Precisamente sobre ese islote en donde los staretzi trabajan por la salvación de su alma.

— ¿ Pero dónde está ese islote? — preguntó el arzobispo.

— Dígnese mirar en la dirección de mi mano... ¿ Ve usted aquella nubecilla? Pues bien: un poco más abajo, á la izquierda... esa especie de faja gris.

El arzobispo miraba atentamente; el sol hacía brillar el agua, y falto de costumbre, el prelado no veía nada.

— No distingo nada — dijo. — Pero ¿ quiénes son esos staretzi y cómo viven?

— Son hombres de Dios — respondió el campesino. — Hace mucho tiempo que oía hablar de ellos, pero nunca tuve ocasión de verlos hasta el verano último.

El pescador volvió á comenzar su relato. Un día en que iba á la pesca fué arrastrado por el temporal hacia aquel islote, que él no conocía. Por la mañana vagaba por él, cuando distinguió una pequeñísima cabaña y cerca de ella un staretzi al que siguieron á poco otros dos. Al ver al mujik le dieron de comer, pusieron sus ropas á secar y le ayudaron á reparar su barca.

— ¿Y cómo son? — preguntó el arzobispo.

— Uno de ellos es pequeño, encorvado y vejisimo. Viste una sotana raída y parece tener más de cien años. Los blancos pelos de su barba empiezan á hacerse verdosos. Es sonriente y sereno como un ángel del cielo. El segundo, un poco más alto, lleva un capote desgarrado, y su larga barba gris tiene reflejos amarillos: es un hombre tan vigoroso, que volvió mi barca boca abajo como si fuera una cáscara de nuez, sin darme tiempo ni á que le ayudase. También está siempre contento. El tercero es muy alto; su barba, de la blancura del cisne, le llega hasta las rodillas; es hombre melancólico, tiene las cejas erizadas, y sólo llevaba para cubrir su desnudez un pedazo de tela hecha de corteza trenzada y sujeto á la cintura.

— ¿Y qué te dijeron? — interrogó el prelado.

— ¡Oh! Hablaban muy poco, aun entre ellos. Con una sola mirada se entendían inmediatamente. Yo pregunté al más alto si vivían allí mucho tiempo y él frunció las cejas y murmuró no sé qué en tono de enfado; pero el pequeño le cogió la mano, sonriendo y el alto enmudeció.

El viejecito dijo solamente:

— Haznos el favor...

Y sonrió.

Mientras el pescador hablaba, el buque se había aproximado á un grupo de islas.

— Ahora se ve perfectamente el islote — dijo el comerciante. — Dígnese mirar Vuestra Grandeza, — añadió extendiendo la mano.

El arzobispo miró y vió, en efecto, una faja gris: era el islote. Quedó fijo durante largo tiempo, y luego, pasando de proa á popa, dijo al piloto:

— ¿Qué islote es ese que se ve allá abajo?

— No tiene nombre, hay muchos como ese por aquí.

— ¿Es cierto que en él, según se dice, están los staretzi dedicados á trabajar por su salvación eterna?

— Así se dice, pero ignoro si es verdad. Los pescadores aseguran haberlos visto, pero también ocurre que se habla sin saber lo que se dice.

— Yo querría desembarcar en ese islote para ver á los staretzi — dijo el prelado. — ¿Puede hacerse?

— No podemos acercarnos con el buque — repuso el piloto. — Hace falta para eso la canoa, y sólo el capitán puede autorizar que la botemos al agua.

Se avisa al capitán.

— Desearía ver á los staretzi — le dijo el arzobispo. — ¿Podría llevarme allá?

El capitán trató de disuadirle de su propósito.

— Es muy fácil — dijo ; — pero vamos á perder mucho tiempo. Casi me atrevería á decir á Vuestra Grandeza que no valen la pena de ser vistos. He oido decir que esos viejos son estúpidos, no comprenden lo que se les dice, y en punto á hablar saben menos que los peces.

— Pues á pesar de todo deseo verlos ; pagaré lo que sea, pero disponed que me lleven adonde se encuentran.

Ya no había nada que decir. Se hicieron los preparativos necesarios, se cambiaron las velas, el piloto viró de bordo y se cingló hacia la isla. Se colocó á proa una silla para el arzobispo que, sentado en ella, miraba el horizonte, y todos los pasajeros se reunieron á proa para ver también el islote de los staretzi. Los que tenían buena vista distinguían ya las piedras de la isla y mostraban á los demás la pequeña cabaña. Bien pronto uno de ellos vió á los tres staretzi.

El capitán trajo el anteojo y miró, entregándole en seguida al arzobispo.

— Es verdad — dijo : — á la derecha, junto á una gran piedra, se ven tres hombres.

A su vez el arzobispo enfocó el anteojo en la dirección indicada y miró, viendo, en efecto, á tres hombres, uno muy alto, otro más bajo y el último

pequeñito. De pie, junto á la orilla, estaban cogidos de la mano.

El capitán dijo al prelado.

— Aquí tiene que detenerse el buque. Ahora, si quiere Vuestra Grandeza, debe bajar á la canoa y echaremos anclas para esperarle.

Se echó el ancla, se cargó las velas y el buque comenzó á oscilar. Fué botada al agua la canoa, saltaron á ella los remeros y el arzobispo bajó por la escala.

Una vez abajo, sentóse sobre un banco á popa y los marineros de un golpe de remo se dirigieron al islote. Pronto llegaron á tiro de piedra. Se veía perfectamente á los tres staretzi : uno muy alto, casi desnudo, salvo un pedazo de tela atado á la cintura y formado de cortezas entretejidas ; otro más bajo con su caftán desgarrado, y luego el más viejecito, encorvado y vestido con sotana. Los tres estaban cogidos de la mano.

Llegó la canoa á la ribera, saltó á tierra el arzobispo, bendijo á los staretzi, que se deshacían en saludos, y les habló de este modo :

— He sabido que aquí trabajáis por vuestra eterna salvación, staretzi de Dios, que rogáis á Cristo por vuestro prójimo, y como por la gracia del Altísimo, yo, su servidor indigno, he sido llamado á apacentar

sus ovejas, he querido visitaros, puesto que al Señor servís, para traeros la palabra divina.

Los staretzi permanecieron silenciosos, se miraron y sonrieron.

— Decidme cómo servís á Dios — continuó el arzobispo.

El staretzi que estaba en medio suspiró y lanzó una mirada al viejecito.

El gran staretzi hizo un gesto de desagrado y también miró al viejecillo.

Éste sonrió y dijo :

— Servidor de Dios, nosotros no podemos servir á nadie sino á nosotros mismos ganando nuestro sustento.

— Entonces ¿ cómo rezáis ? — preguntó el prelado.

— He aquí nuestra plegaria : « Vos sois tres, nosotros somos tres... concédenos tu gracia. »

En cuanto el viejecito hubo pronunciado estas palabras, los tres staretzi elevaron su mirada al cielo y repitieron :

— Vos sois tres, nosotros somos tres... concédenos tu gracia.

Sonrió el arzobispo y dijo :

— Sin duda habéis oído hablar de la Santísima Trinidad, pero no es así como hay que rezar. Os he

tomado afecto, venerables staretzi, porque veo que queréis ser gratos á Dios, pero ignoráis cómo se le debe servir. No es así como hay que rezar : escuchadme, porque voy á enseñaros. Lo que vais á oír está en la Sagrada Escritura de Dios, donde el Señor ha indicado á todos cómo hay que dirigirse á Él.

Y el arzobispo les explicó cómo Cristo se reveló á los hombres, y les explicó el Dios Padre, el Dios Hijo y el Dios Espíritu-Santo ; luego añadió :

— El Hijo de Dios bajó á la tierra para salvar al género humano, y he aquí cómo nos enseñó á todos á rezar : escuchad y repetid conmigo.

Y el arzobispo comenzó :

— Padre Nuestro...

Y uno de los staretzi repitió :

— Padre Nuestro...

Y el segundo staretzi repitió también :

— Padre Nuestro...

Y el tercer staretzi dijo asimismo :

— Padre Nuestro...

— Que estás en los Cielos...

Y los staretzi repitieron :

— Que estás en los Cielos...

Pero el staretzi que se hallaba entre sus hermanos, se equivocó y decía una palabra por otra; el

gran staretzi no pudo continuar, porque los bigotes le tapaban la boca, y el viejecito, como no tenia dientes pronunciaba muy mal.

Volvió á empezar el arzobispo la plegaria y los staretzi á repetirla. Se sentó el prelado sobre una piedra y los staretzi formaron círculo á su alrededor, mirándole á la boca y repitiendo cuanto decia.

Durante todo el día, hasta la noche, el prelado batalló con ellos diez, veinte, cien veces repitiendo la misma palabra y con él los staretzi. Se embrollaban, él les corregía y volvian á empezar.

El arzobispo no dejó á los staretzi hasta que les hubo enseñado la plegaria divina. La repitieron con él, y luego solos. Como el staretzi de en medio la aprendiera antes que los otros, la dijo él solo. Entonces el arzobispo se la hizo repetir varias veces y los otros dos le imitaron.

Ya comenzaba á oscurecer y la luna surgía del mar cuando el arzobispo se levantó para volverse al buque. Se despidió de los staretzi que le saludaron hasta el suelo: él les hizo incorporarse, los besó á los tres, les recomendó que rogasen como él les habia dicho, se sentó sobre el banco de la canoa y se dirigió hacia su barco.

Mientras bogaban seguía oyendo á los tres staretzi que recitaban en voz alta la plegaria de Dios.

Pronto llegó el esquife junto al buque; ya no se oía la voz de los staretzi, pero aún se les veía á los tres, á la luz de la luna, en la orilla, el viejecito en medio, el más alto á su derecha, y el otro á su izquierda.

El arzobispo llegó al barco y subió al puente. Levantaron anclas, largaron las velas que el viento hinchó y el buque se puso en movimiento continuando el interrumpido viaje.

Instalóse á popa el prelado y allí se sentó, siempre con la vista fija en el islote. Aún se veía á los tres staretzi, luego desaparecieron y no se vió más que la isla. Pronto esta misma se perdió en lontananza y sólo se veía el mar brillando á la luz de luna.

Acostáronse los peregrinos y todo enmudeció en el puente; pero el arzobispo aún no quiso dormir. Solo en la popa miraba al mar en la dirección del islote y pensaba en los buenos staretzi. Recordaba la alegría que experimentarían al aprender la oración y daba gracias á Dios por haberle llamado en ayuda de aquellos hombres venerables para enseñarles la palabra divina.

Así pensaba el arzobispo, con los ojos fijos en el mar, cuando de pronto vió algo blanquear y lucir en la estela luminosa de la luna. ¿Sería una gaviota, ó

una vela blanca? Mira más atentamente y se dice: de fijo es una barca, que nos sigue con una vela. ¡ Pero qué rápidamente marcha! Hace un instante estaba lejos, lejos, muy lejos, y hela aquí ya muy cerca. Además, es una barca como no se ve ninguna y una vela que no parece tal... Sin embargo, aquello les persigue, y el arzobispo no puede distinguir qué cosa sea. ¿ Es un barco, un pájaro, un pez? También parece un hombre, pero es más grande que un hombre y, además, un ser humano no podría andar sobre el agua.

Levantóse el arzobispo, fué adonde estaba el piloto y le dijo:

— ¡ Mira! ¿ qué es eso?

Pero en aquel momento ve que son los staretzi que corren sobre el mar, y se acercan al buque. Sus blancas barbas despiden brillante fulgor.

Al volverse el piloto deja la barra espantado y grita:

— ¡ Señor! los staretzi nos persiguen sobre el mar, y corren sobre las olas como sobre el suelo.

Al oír estos gritos levantáronse los pasajeros y se precipitaron hacia la borda, viendo todos á los staretzi correr, teniéndose unos á otros de la mano y á los de los extremos hacer señas al barco de que se detuviera.

Aún no se había tenido tiempo de parar cuando alcanzaron el buque, llegaron junto á él y levantando los ojos dijeron:

— Servidor de Dios, ya no sabemos lo que nos habías hecho aprender. Mientras lo hemos repetido nos acordábamos, pero una hora después de haber cesado de repetirlo se nos ha olvidado una palabra y ya no podemos decir la oración. Enséñanos de nuevo.

El arzobispo hizo la señal de la cruz, se inclinó hacia los staretzi y dijo:

— ¡ Vuestra plegaria llegará de todos modos hasta el Señor, santos staretzi! No soy yo quien debe enseñaros. ¡ Rogad por nosotros, pobres pecadores!

Y el arzobispo les saludó con veneración. Los staretzi permanecieron un momento inmóviles, luego se volvieron y se alejaron rápidamente sobre el mar.

Y hasta el alba se vió una gran luz del lado por donde habían desaparecido.